¿DE DONDE LOS SACO?

Responde: Clara Silva

PERSONAJES IMAGINARIOS Y REALES

Mi corta experiencia de novelista, —dos obras publicadas, una tercera, próxima a aparecer— unida a mi larga experiencia de lectora, alcanza, no obstante, para darme el convencimiento de que la oración del narrador no es, en lo esencial, demasiado distinta a la del poeta.

Puede ser que este convencimiento sea, en parte, resultado de mi doble condición de poeta y de novelista: pero no porque mis novelas sean "poéticas", (o "poemáticas"), que también las hay, aunque esa modalidad me parece un tanto híbrida), sino porque esa doble experiencia en géneros tan aparentemente distintos, me ha permitido comprender la similitud —ya que no la identidad— que, en el fondo (o en el trasfondo...) del proceso creador se produce el concebir ambas formas de arte. Quiero decir que, en las dos, lo que doy es mi propia vivencia, lo que hago es darme a mí misma, a través de la ficción literaria, ya se trate de personajes o de imágenes, de prosa o de verso.

Mis personajes sin imágenes vivenciales, en un plano imaginativo, tal como mi conciencia de narradora las concibe internamente. El mundo del poeta y el del novelista son su mundo propio; sólo que, en lo narrativo, el yo, que en la poesía aparece más directamente expresado, se oculta tras las máscaras de los personajes. Creo que esto le ocurre también al narrador que es sólo narrador, es decir, que no es poeta, o mejor dicho, que no cultiva lo poesía. Su objetividad es una forma de su subjetividad; y se expresa a través de ella aunque no tenga conciencia de este hecho; precisamente porque más que la conciencia es la subconsciencia la que se está expresando.

No hay dos autores que puestos frente a la misma tranche de vida, —frente a la misma anécdota, a los mismos personajes— den la misma versión de la realidad. El propio maestro de "Le Roman Experimental" reconocía que el arte es la naturaleza vista a través de un temperamento. Lo cual es confesión de que toda novela, incluso la suya, es, en cierto modo, una visión y un testimonio personal, una manera de ver la realidad, de verla según cómo se siente y cómo se piensa. Toda novela es tanto una psicología de los personajes como una psicología del autor. Yo soy perfectamente consciente del contenido auto-psicológico de mis novelas.

Pero auto-psicológico, no es autobiográfico. Esta es la confusión en que incurren algunos críticos. A mí me ha ocurrido esto, por ejemplo, con mi primera novela, "La Sobreviviente", tan mal comprendida por algunos, así en el fondo como en su forma. Laura Medina, más que su protagonista, su casi único personaje — y que es el primer personaje en que se encarna la angustia existencial en nuestra literatura rioplatense —(como lo reconoció un lúcido comentarista)— está hecha, es cierto, con mi propio mundo psicológico, es mi visión, mi interpretación de la vida, pero a través de un personaje que, geográficamente, nada tiene que ver conmigo, es puramente imaginario; tan puramente imaginario como Elvira Olmos, protagonista de la segunda de mis novelas, "El Alma y los Perros".

Al decir que esos personajes son imaginarios, parecería a algunos que, por tanto son falsos, que no representan una realidad. Al contrario; representan la única forma de realidad artística, novelesca; la vida tal como la interpreta la autora. El autor no es un simple espejo. Y si fuera un simple espejo no sería un creador. Sólo se puede interpretar la vida a través de la propia alma, en cuanto esta alma es una conciencia de lo real.

Cuando Flaubert dijo: "Mme Bovary soy yo", pudo decir: también, o quizás quiso decir, que él se había transformado en ella, al concebirla, por ese poder de consustanciación y de identidad que hay en el fondo del alma humana, con toda alma, con toda vida. Pero a través de la propia, como intérprete, no como espejo. Se puede estar más cerca de la simple objetividad, relativamente, cuando se trata de personajes secundarios, meramente característicos, ambientales. Pero, en los principales, cuyos procesos psicológicos profundos son la sustancia de la novela, de los que se quiere dar la vida interna, el alma, ahí ya está comprometido el autor —en mi caso, la autora— sin quererlo y hasta sin darse cuenta. Se da a sí misma, transformada en el personaje.

El caso de mi segunda novela, "El alma y los perros", es más complejo que el de "La Sobreviviente". En ésta, las relaciones psicológicas (no biográficas) de Laura Medina con la autora, son evidentes. Laura es una "intelectual", que representa el estado de alma de nuestro tiempo, con sus problemas de conciencia, dentro de una realidad absurda, de un mundo sin sentido. Y es también una denuncia de esa realidad y de ese mundo. Y es también una denuncia de sí misma; una autocrítica moral.

Pero, ¿qué tiene que ver conmigo Elvira Olmos, protagonista de la segunda? En nada nos parecemos, aparentemente. ¿De dónde la saqué? ¿Cómo se formó? Sin duda hay en ella rasgos, así de carácter como de circunstancias, que proceden de seres que la autora ha conocido, directa o indirectamente, es decir, de una realidad objetiva, aunque no sea ninguna persona en particular si no un compuesto de personas, integrándose en el personaje. Y así se forman, me parece, casi todos los personajes novelescos. El caso de Proust ha sido muy aleccionador al respecto. Los comentaristas se empeñaron en identificar a Odette, a Charlus, a la condesa de Guermantes con tal o cual persona conocida del ambiente mundano de París, el del autor. Pero resultó que no eran ninguno de ellos sino una formación imaginaria compuesta de partes de cada uno.

Lo que el novelista crea es una especie de arquetipo representativo, siempre más neto que cualquier retrato particular posible. Representativo ¿de qué? Tal vez de un concepto que el autor tiene del personaje, de lo que quiere decir. Pero también me doy cuenta que el personaje se forma sólo en gran parte, por sí mismo, en la imaginación, no solamente con rasgos diversos de la objetividad, como los sueños, sino mezclándose con elementos subjetivos del propio mundo subconsciente, con secretos "complejos" psíquicos —que todos tenemos— y se descargan en el personaje. Y así uno comprende que el personaje tiene también, sin saber cómo ni por qué, mucho de uno mismo. El límite entre lo objetivo y lo subjetivo, lo real y lo imaginario, es borroso en la ficción novelesca. Por eso la escuela psicoanalítica, en materia de crítica literaria, tiene su parte de razón.

Pero ahora se presenta otro caso más complejo todavía. Es el de mi tercera novela: "Aviso a la población", próxima a aparecer. Todos sus personajes, incluso el principal, son varones, infanto-juveniles y su tema, su problema, el tremendamente dramático de ese mundo de la delincuencia.

Ninguna relación personal existe entre esos personajes y la autora. ¿De dónde los he sacado? Exteriormente, no es difícil saberlo: la crónica del delito, los expedientes policiales, etc. Para una novela puramente objetiva, de índole social, ya sería bastante. Pero, en una novela de índole psicológica como es ésta, la vivencia del personaje, ¿de dónde sale, cómo se logra?

Probablemente haya en ella un profundo esfuerzo de penetración comprensiva, intuitiva, en el mundo de esas almas desdichadas, en la piedad por su destino. Porque sólo la piedad, el amor, puede penetrar en el misterio de las almas, aún de las más oscuras. Pero tiene que operarse un desdoblamiento psicológico, la autora tiene que transformarse en el personaje, para poder sentir y pensar como él, para ser él, por ese poder de identificación de nuestra alma con las otras almas, por esa identidad esencial de nuestra condición humana. La vida nos pone a todos en situaciones muy distintas, y nos da individualidades y destinos que parecen muy ajenos. Pero, como en el fondo, para el novelista, nada es ajeno, el ser que parece más alejado de nosotros, puede ser uno con nosotros mismo, puestos en sus condiciones.

Y es posible, también, que Walter Francisco López, el protagonista de "Aviso a la población", tenga, en el fondo, rasgos de parentesco, marcado aire de familia, con mis otros personajes, los de las otras novelas; como aquéllos los tienen entre sí, a pesar de parecer tan distintos, en sus caracteres, en sus destinos. Probablemente, todos llevan la marca de su común origen, existen en mi mundo psicológico, en mi clima moral; como otros, de otros autores, en el de cada autor. Integran una misma visión del mundo una misma posición de conciencia, un mismo estilo de interpretación.

● *Con la respuesta de la escritora Clara Silva continuamos nuestra encuesta —¿DE DONDE LOS SACO? — acerca de la composición de los personajes literarios, de la que publicáramos en números anteriores las respuestas de Armonía Sommers y de Alfredo Dante Gravina.*

Dije que esta novela no es social; pero lo es, indirectamente. Necesariamente lo es. Porque un sentimiento y un concepto de nuestra común responsabilidad moral, como integrantes de una sociedad humana en la que pueden producirse esos personajes, y dentro de la cual son tan culpables como víctimas, palpitan en ella, se transparentan a través de sus páginas. Creo que ésta es también novela de denuncia, por que la denuncia ha estado en mi pensamiento al escribirla. Como también estuvo en las otras; pero en ésta mayormente, tal vez; porque la iniquidad es mayor.

Pero no hay en ella comentarios, discursos, conceptos; todo está sugerido en los hechos mismos. El tema se prestaba para el estudio sociológico. Yo lo he evitado. La visión misma de las cosas es suficiente. La denuncia está en el propio personaje. El es, doblemente, e igualmente, hijo de mi conciencia estética y de mi conciencia moral. Como novelista, tenía que hacer, ante todo, obra de arte. Pero tenía que hacerla con la verdad, una verdad tremenda, en la cual está implicada nuestra responsabilidad humana, nuestro sentido de justicia; y, por sobre todo, nuestra caridad. Si lo he logrado, me sentiría feliz.